



---

Del peronismo como promesa

Author(s): Silvia Sigal

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 48, No. 190/191 (Jul. - Dec., 2008), pp. 269-286

Published by: [Instituto de Desarrollo Económico y Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/27667839>

Accessed: 14/05/2013 09:55

---

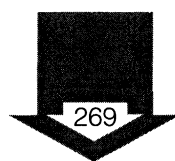
Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at  
<http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



*Instituto de Desarrollo Económico y Social* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

<http://www.jstor.org>



## **DEL PERONISMO COMO PROMESA**

SILVIA SIGAL\*

La institucionalización del peronismo después de la muerte de Perón impulsó un conjunto de análisis acerca del funcionamiento del partido y de sus mecanismos de reproducción, y la formulación de proposiciones sobre sus fases de evolución. Pasaba a segundo plano el otrora acuciante interrogante sobre la nunca desmentida lealtad popular a Perón. La abundante bibliografía permite resumir la historia del peronismo como la transformación de un movimiento social en organización política que, al igual que los demás partidos, tiene como condición de existencia el sistema representativo, como objetivo la lucha por el poder político, y cuyos adherentes se expresan casi exclusivamente en las coyunturas electorales. En ese pasaje dejó de representar la fusión de aspectos culturales, sociales y políticos que habían suscitado un antiperonismo militante mientras que éste efectuaba un desplazamiento complementario: aceptó la existencia política del peronismo pero sin abandonar enteramente el rechazo visceral a su estilo público.

Persiste, sin embargo, una pregunta no menos acuciante: la perennidad de una nueva lealtad hacia dirigentes que sólo tienen en común, o casi, declararse peronistas. Porque si el peronismo desertó áreas de conflicto donde fuera activo otrora, conserva un terco apego electoral. Quizás no sea inútil retornar a su primera capa geológica para buscar el substrato de esa fidelidad en los años de Perón al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Con esta preocupación discutiremos algunas de las explicaciones clásicas del apoyo popular inicial, con especial atención a sus componentes polémicos, para abordar después el problema del liderazgo, a través de la noción weberiana de carisma. No porque aporte una explicación del advenimiento del peronismo sino precisamente porque no lo pretende; permite en cambio caracterizar la forma de la relación originaria entre Perón y los peronistas que, como tal, tenía más posibilidades de perdurar.

### **Los motivos del apoyo popular en los orígenes del peronismo**

¿Fue ante todo la expresión de nuevos trabajadores escasamente organizados a la convocatoria de un líder paternalista, o bien una respuesta propiamente obrera, con

\* Centre d'Étude des Mouvements Sociaux, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.

la participación de sus sindicatos, a la legislación reformista de la Secretaría de Trabajo? Es sencillo reconocer en la primera la interpretación más difundida de Gino Germani; y en la que la discute, la de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero.

El debate, que involucrará a un número considerable de sociólogos e historiadores, fue inaugurado por el clásico *Estudios sobre los orígenes del peronismo*<sup>1</sup>, donde se critica a un adversario teóricamente coherente construido a partir de interpretaciones tanto académicas como no académicas. Los autores citan a un Alberto Belloni o un Abelardo Ramos, pero su adversario real es la teoría sobre los movimientos nacional populares predominante en una sociología atenta, por entonces, a las asincronías debidas a una industrialización tardía. Con enfoques divergentes, Alain Touraine, Seymour Lipset o Gino Germani coinciden en estimar que el apoyo de los trabajadores a los populismos era una desviación respecto de los cánones clásicos del comportamiento obrero y, para explicarlo, distinguen entre trabajadores previamente organizados y las masas provenientes de zonas atrasadas del país. Los "viejos" trabajadores, cuyo rol sería residual, no difieren notoriamente de sus pares en sociedades industriales; herederos de las doctrinas de los gremios de inmigrantes europeos no lograron, por eso mismo, incorporar a los trabajadores criollos, y fueron insensibles al populismo naciente. Para Germani y Lipset los "nuevos" trabajadores, con escasa o nula capacidad de acción organizada, habrían experimentado una crisis de sus normas y valores como consecuencia de su ingreso en el mundo urbano e industrial. Esta crisis los activaba socialmente y los colocaba en una situación de disponibilidad para conducciones políticas paternalistas, similares a las tradicionales de sus regiones de origen, que les ofrecieran alguna forma de participación. Con hipótesis distintas, también Alain Touraine subraya el contraste entre los viejos obreros y los migrantes, atraídos por la vida urbana más que por el trabajo industrial, y animados por un proyecto de ascenso social que obstaculiza la formación de una conciencia obrera. Se concluye que el varguismo y peronismo serían respuestas a un mismo problema, la integración de los recién llegados en sociedades carentes de canales institucionales eficaces.

En todos los casos, resumen Murmis y Portantiero, los trabajadores de origen rural, movidos por razones que califican de "emotivas" o "psicosociales", son vistos como los "verdaderos protagonistas del apoyo de masas al populismo" y la fractura de la clase obrera conduce a establecer una "dicotomía entre tendencias a la acción autónoma y tendencias a la acción heterónoma que caracterizarían sus respectivos comportamientos políticos".

"En general, las interpretaciones acerca del papel que los obreros 'nuevos', como expresión de las 'masas desplazadas' de que habla Lipset, tienen en la génesis de los movimientos populistas va unida a la consideración de estos movimientos como casos de manipulación de masas pasivas o heterónomas, transicionalmente desorientadas"<sup>2</sup>.

Gino Germani es incorporado a esta "teoría generalizada sobre el populismo", decisión que se justifica ante todo por sus reiteradas referencias a Lipset y, más

<sup>1</sup> M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*/1, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, p. 62.

concretamente porque menciona la crisis de normas y valores (con la consiguiente "puesta en disponibilidad") y afirma que "la manipulación se convierte en el lazo básico entre 'masas' y líder del movimiento"<sup>3</sup>: el peronismo comparte con los regímenes totalitarios "elementos psicosociales, la identificación de la masa con el "líder", el contacto directo (...) un poderoso vehículo en la formación de esa pseudo-participación necesaria para el consentimiento"<sup>4</sup>. Designa además como actor predominante a

"...las masas populares argentinas recientemente urbanizadas e industrializadas, sin experiencia sindical y muy limitadas posibilidades de procurársela y con un movimiento gremial desorganizado por luchas internas y represión policial"<sup>5</sup>.

No existió tal corte entre "viejos" y "nuevos" trabajadores, responden Murmis y Portantiero. Muestran empíricamente que los obreros recientemente incorporados no habían permanecido al margen de los gremios y, aporte capital, "la intensa participación de organizaciones y dirigentes del sector de obreros 'viejos'"<sup>6</sup> en el surgimiento del peronismo. Ignorado por la literatura sobre el peronismo, haber sacado a la luz el papel de los sindicatos, es el gran mérito de la obra, que inauguró un lustro de debates académicos y renovó tanto el estudio del peronismo como del movimiento obrero argentino. La redefinición en términos marxistas del fenómeno peronista, por otra parte, no podía dejar de impactar sobre los medios militantes de principios de los años setenta.

La participación de los dirigentes gremiales en el ascenso de Perón transfiere el foco de las oportunidades de participación e integración social ofrecidas por Perón a las muy concretas decisiones de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Prolongación de pautas históricas de comportamiento obrero (en particular de las corrientes "sindicalistas" acostumbradas a negociar con las autoridades), la adhesión de los trabajadores se explicaría sin recurrir a ningún magnetismo paternalista. La experiencia de organización, los porcentajes relativamente elevados de afiliación y la frecuencia y volumen de las huelgas, obligan, por último, a diferenciar el caso argentino y el brasileño, generalmente confundidos bajo la etiqueta de "populismos". A partir de esta comprobación (ilustrada por referencias históricas al período 1943-1946) Murmis y Portantiero reemplazan a los nuevos trabajadores de origen migrante por una clase obrera unificada por sus intereses económicos y, más precisamente, "como sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso" pese a una década de huelgas.

Una vez refutado el papel atribuido a los migrantes, se derrumban las hipótesis sobre los motivos de la nueva afiliación política popular. Al indeterminado descontento de trabajadores "desorientados" oponen demandas sindicales. Descartan las dificultades individuales, reemplazándolas por intereses colectivos. En lugar de las consecuencias de la llegada a grandes ciudades (o de un proyecto de movilidad personal), postulan

<sup>3</sup> "... con una legislación social por cierto inadecuada al grado de industrialización alcanzado (y, por lo demás, en gran parte letra muerta), debían enfrentar a una clase patronal no menos reciente, con toda la improvisación y defectos del capitalismo de especulación y aventura y ninguna conciencia de los problemas sociales del trabajo". G. GERMANI, *Política y Sociedad en una Época de Transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1962, p. 117.

<sup>4</sup> Su definición de manipulación –"el grado de coincidencia en los fines políticos 'reales'"– de las élites y de las masas, parece indicar, sin embargo, que no se refiere a masas seducidas por nuevos flautistas de Hamelin.

<sup>5</sup> G. GERMANI, *op. cit.*, p. 244.

<sup>6</sup> MURMIS y PORTANTIERO, *op. cit.* p. 76.

los reclamos dictados por intereses de clase. ¿Cuáles? Los que habían sido el objeto de las huelgas precedentes<sup>7</sup>, ceñidos por consiguiente al ámbito de las relaciones laborales. En síntesis, los autores sustituyen la experiencia de los trabajadores en la sociedad por la condición obrera en una economía capitalista.

El apoyo al peronismo no fue el resultado de una manipulación desde arriba sino el resultado de la "política de alianzas" de la "mayoría de los sindicatos", cuando "entre 1944 y 1946, por acción de definidas políticas estatales, esa serie reivindicativa va encontrando solución"<sup>8</sup>. Y si el peronismo correspondió a los modelos que describen la participación popular en sociedades de industrialización tardía no fue porque el comportamiento obrero se desviara de los cánones clásicos<sup>9</sup>.

La idea de alianza es central en la argumentación de Murmis y Portantiero. En primer lugar, se trata de una alianza entre clases, entendida como convergencia de intereses objetivos en la esfera productiva, independiente de la voluntad de los participantes. En ella el Estado está muy lejos de desempeñar, ahora, el "rol principal" que había tenido en otras, análogas, durante el período de crecimiento bajo control conservador<sup>10</sup>; por el contrario, parece esfumarse o, mejor dicho, constituye un nuevo tipo de alianza situándose como interlocutor de los dirigentes sindicales en un mismo plano. Este segundo tipo de alianza, que por serlo suprime toda sospecha de manipulación, es presentada como un acuerdo utilitario entre partes, dotadas, cada una, de una entidad propia y distinta. Desde este punto de vista, la importancia de la autonomía obrera es inversamente proporcional a la del Estado, y el papel desempeñado por Perón es por lo tanto escasamente relevante; tanto, que en lugar de su nombre, prácticamente ausente en el texto, figuran entes impersonales (*i.e.* "un sector del aparato del Estado"). Esta elusión es coherente, a su vez, con su intento por suprimir de los orígenes del peronismo los lazos inéditos y la transformación cualitativa del comportamiento de la nueva clase trabajadora sostenida por las tesis que discuten.

## El primer Germani

Basta sin embargo una rápida revisión de *Política y sociedad* para encontrar otra argumentación, cuyos protagonistas son también los nuevos trabajadores, sólo que en lugar de estar políticamente "disponibles", tienen la necesidad de "adquirir conciencia de su poder e incorporarse a la vida nacional como una categoría de fundamental significado en todos los órdenes" y "lograr un reconocimiento claro de sus derechos individuales en el campo laboral". Si esta interpretación aparece en diversas oportunidades a lo largo de la obra, su exposición más elocuente se encuentra en "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", publicado en la revista *Cursos y Conferencias* y reproducido como capítulo 9. Escrito en 1956 es probablemente

<sup>7</sup> Se había generado "un monto crecido de reivindicaciones que abarcaban al conjunto de la clase trabajadora, demandas que el sindicalismo trató de satisfacer sin éxito". *Ibidem*, p. 76.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 132.

<sup>9</sup> "las modificaciones operadas por un crecimiento industrial desplegado en la estrechez marcada por la dependencia externa sobre las relaciones de fuerza del conjunto de las clases. *Ibidem*, p. 108.

<sup>10</sup> "...relacionar los intereses de la clase dominante de origen agrario con los de las otras capas propietarias estructuradas alrededor de la acumulación de capital industrial".

la primera crítica de un miembro de la intelectualidad liberal a las lecturas antiperonistas prevalecientes en la esfera pública y en los medios políticos y culturales inmediatamente después del golpe militar de 1955. Tanto su contexto histórico como sus objetivos difieren por consiguiente de las reflexiones sociológicas encuadradas académicamente que figuran en el resto de la obra. Detengámonos en él, por su valor intrínseco y por ser el único texto efectivamente citado por Murmis y Portantiero.

El régimen peronista fue una dictadura y Perón un demagogo. Germani comparte esos calificativos con el discurso dominante, pero se niega a aceptar que el peronismo popular sea el resultado de "la demagogia de la dictadura" (fácilmente erradicable por lo tanto por la política gubernamental de "desperonización"). Esa adhesión no es irracional, como se afirma, y para demostrarlo establece la distinción, fundamental, entre el punto de vista del observador y el del actor; con argumentos banales hoy, pero que distaban de serlo entonces, concluye que, desde el lugar de los trabajadores y teniendo en cuenta su experiencia durante el régimen, su peronismo es perfectamente racional en 1956. Racionalidad que no remite sin embargo a la que le adjudican lecturas utilitaristas de izquierdas y derechas, según las cuales los trabajadores habrían cedido la libertad a cambio de "un plato de lentejas". Al contrario,

"...la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo (...) Los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de que la habían conquistado. Claro que aquí con la misma palabra libertad nos estamos refiriendo a dos cosas distintas; la libertad que habían perdido era una libertad que nunca habían realmente poseído: la libertad política a ejercer sobre el plano de la alta política, de la política lejana y abstracta. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador en general, como una afirmación de la dignidad personal"<sup>11</sup>.

Pese a recibir un extenso desarrollo, esta dimensión de la condición obrera fue simple y sencillamente ignorada por Murmis y Portantiero.

Germani se proponía, por cierto, controvertir hipótesis sobre el presente y el futuro del peronismo más que dar cuenta de su surgimiento y, dirigido a cuestionar la política de desperonización del gobierno militar, ese texto reflejaba demasiado su interpretación de la experiencia obrera durante el régimen. Lectura *a posteriori*, extrapolaba retrospectivamente al origen del peronismo las razones que lo justificaban en el momento de escribir. No fue ésta, sin embargo, la razón que llevó a Murmis y Portantiero a desdeñarla y a ofrecer exclusivamente la otra versión de las "tesis de Germani". Esta cuestión, importante para la historia de los estudios sobre el peronismo, merece ser vista más de cerca.

En realidad, los autores citan el texto de Germani sólo dos veces. A propósito del énfasis en la manipulación<sup>12</sup>, y para ejemplificar que

<sup>11</sup> G. GERMANI, *op. cit.*, p. 244.

<sup>12</sup> El "lazo básico entre 'masas' y líder del movimiento" parece descartar toda interpretación que explique la participación sobre la base de la coincidencia en un proyecto de desarrollo ligado a intereses de clase. MURMIS y PORTANTIERO, *op. cit.* pág. 62.



"(d)entro de ese enfoque se tiende a acentuar que la base fundamental para la participación de esas masas en el movimiento populista es la satisfacción de tipo emotivo que la participación en un movimiento globalizante les procura (...)"><sup>13</sup>.

¿En qué consiste esa "satisfacción emocional", que Murmis y Portantiero oponen a la racionalidad desplegada por los sindicatos? Porque no se encuentra en el texto citado ninguna que provenga de "formas de participación masiva", sino otras, muy distintas: Germani recuerda el "estado de inferioridad y de inseguridad" en el que se encontraban los trabajadores antes de 1943, que describe citando a Simone Weil:

"el obrero en el trabajo siente como si de continuo le estuvieran repitiendo al oído: 'Tú no eres nadie aquí. Tú no cuentas. Estás aquí para obedecer, para soportar, para callarte' ".

y concluye, por lo tanto, que

"los logros efectivos de los trabajadores en el decenio transcurrido (deben buscarse) en ese reconocimiento de derechos, en la circunstancia capital de que ahora la masa popular debe ser tenida en cuenta"<sup>14</sup>.

Murmis y Portantiero eliminan, por engañosos, o al menos superfluos, elementos que designan como "emotivos", teñidos quizás por la a-racionalidad (si no irracionalidad) implícita o explícitamente atribuida a los trabajadores por las hipótesis sociológicas, o por los ensayos que saludaban el retorno de lo nacional y popular con los "cabecitas negras" del interior. Si comparamos, en cambio, *Los orígenes del peronismo* y "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo" vemos que polemizaban, ambos, con argumentos que vaciaban al peronismo popular de contenidos propios; en un caso por las características psicosociales de los migrantes, en el otro por la "demagogia de la dictadura"; comparten así, paradójicamente, una vehemente defensa de la racionalidad popular; en un caso de sindicatos frustrados en sus demandas tradicionales, en el otro de trabajadores que no eran "tenidos en cuenta".

Poco importa en realidad la escasa fidelidad al texto de Gino Germani (sus escritos ulteriores justifican plenamente la lectura de Murmis y Portantiero<sup>15</sup>), y nada impide juzgar que el sentimiento "de no ser nadie" es de orden psicosocial (y ¿por qué no? emotivo). Es menos evidente, en cambio, tenerlo por ajeno a un razonamiento en términos de clases, y desecharlo en nombre de los intereses que se expresan en la lucha por mejores salarios. Porque sin demorarse, *et pour cause*, en la diferencia entre categoría socio-económica y clase social, sólo retienen como verdaderos los que son "materiales". Concepción deudora probablemente de las opciones teóricas de los autores, parece

<sup>13</sup> O bien «intereses o proyectos individuales que son definidos como inmediatos. No se interesan en «la ligazón entre esos intereses inmediatos y otros intereses propios de la situación de clase a mediano o largo plazo que pudieran configurar las bases para una alianza explícita entre los trabajadores y otras clases y grupos sociales» (p. 62)

<sup>14</sup> *Op. cit.* p. 250.

<sup>15</sup> En 1973 califica a las huelgas en términos prácticamente opuestos a los de 1956: "La afiliación al sindicato e incluso la participación en las huelgas no eran realmente necesarias para las conquistas de los trabajadores (...) las soluciones pacíficas, la ausencia de huelgas, significaron en realidad un triunfo obrero sin la participación de sus miembros. Este proceso fue fundamental en la configuración de la relación directa entre los recién llegados y el líder carismático". (Subrayado por G.G.). "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en *Desarrollo Económico* n° 51, oct.-dic. 1973, p. 473-474.

quedar automáticamente legitimada aquí por la demostración del papel de los sindicatos: si los migrantes no desempeñaron el papel que se les asigna, quedan invalidados los motivos psicosociales que se les atribuyen, y por lo tanto resulta legítimo suprimir todo atributo igualmente "no objetivo" de la condición obrera. Fue en aras de la descalificación de dimensiones inmateriales no calculables de las relaciones de trabajo, que Murmis y Portantiero las ignoraron durante el gobierno peronista.

Sustraída de la versión canónica de las "tesis de Germani", permanecerá al margen de las discusiones académicas durante muchos años. La desconexión analítica entre los problemas de la migración y el reconocimiento de los trabajadores no fue quizás la razón, pero sí la condición de posibilidad de la amputación operada por Murmis y Portantiero. Que asimismo haya sido omitida por los participantes de la controversia sobre los migrantes de los '70 –que leyeron satisfacción emotiva donde Germani describía la transformación de la experiencia cotidiana en la fábrica– e incluso por el mismo Germani en la respuesta de 1973 a sus críticos (donde se refiere exclusivamente a la puesta en situación de disponibilidad de los migrantes y otorga un lugar decisivo al liderazgo carismático de Perón) se explica también porque no pertenecía por entonces al campo de la sociología consagrada y, circunstancia nada desdeñable, porque coincidía con la manera en que el peronismo se interpretaba a sí mismo.

## El retorno del primer Germani

Veinte años más tarde, en su clásica obra sobre los sindicatos durante el período de surgimiento del peronismo, Juan Carlos Torre indica el verdadero punto ciego de un enfoque ceñido a las reivindicaciones salariales: "no abarcar en toda su complejidad el proceso en el que las masas obreras se ligan a Perón"<sup>16</sup>. Porque si da cuenta correctamente del papel de los sindicatos, deja irresuelto el problema de la relación de los trabajadores con Perón y, por consiguiente, de una "también importante dimensión de ese proceso, cual es la constitución de *nuevas identidades colectivas populares*" (subrayado por JCT). Propone entonces separar dos fases, cronológicas y teóricas: el acercamiento inicial, presidido por "el cálculo de utilidades", y la "identificación política directa" después, cuyo "criterio de racionalidad es otro, el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras". Suprimiendo, con razón, la distinción entre medios y fines, la concibe como "un fin en sí mismo, la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados". Pero esta hipótesis, deudora de modelos forjados para analizar movimientos sociales o políticos constituidos puede difícilmente ser aplicada al origen del peronismo ya que presupone la existencia de lo que se trata de comprender: la emergencia de esa identidad política.

No muy distinta es la perspectiva de Daniel James, quien publicaba ese mismo año su también clásico estudio del peronismo después de 1955<sup>17</sup>. Sostiene allí que

<sup>16</sup> "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", incluido en *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, segunda edición, EDUNTREF, 2006, p. 220.

<sup>17</sup> D. JAMES: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Editorial Sudamericana, 1990, p. 27.



los trabajadores no se habían movilizado en función de un "racionalismo social y económico básico", que la nueva afiliación política no fue una "inevitable expresión de insatisfacción social y económica de índole racional": el peronismo fue "algo más", que remite a "el orgullo, el respeto propio y la dignidad", aspectos "menos tangibles" que los salarios. Para dar cuenta de su especificidad y de las razones que le permitieron inspirar más confianza a los trabajadores que a otros movimientos políticos con preocupaciones parecidas, afirma: "necesitamos considerar seriamente el atractivo político e ideológico de Perón"<sup>18</sup>. Que residió fundamentalmente en

"... su capacidad para refundir el problema total de la ciudadanía en un contexto más amplio, esencialmente social. La cuestión de la ciudadanía en sí misma, y la del acceso a la plenitud de los derechos políticos, fue un aspecto poderoso del discurso peronista, donde formó parte de un lenguaje de protesta, de gran resonancia popular, frente a la exclusión política"<sup>19</sup>.

La lectura de Gino Germani puesta en circulación por Murmis y Portantiero, confirmada por el mismo Germani en 1973, explica que Daniel James le adjudique exclusivamente como interpretación del origen popular del peronismo el estado de disponibilidad de obreros migrantes sin experiencia, "incapaces de afirmar en su nuevo ámbito urbano una propia identidad social y política", que pudieron "ser utilizados por sectores disidentes de la elite"<sup>20</sup>. Mal podía advertir hasta qué punto su interpretación se parecía a la del "primer Germani". Escribe, por ejemplo, que "el peronismo fundaba su llamamiento político a los trabajadores en un reconocimiento de la clase trabajadora como fuerza social propiamente dicha, que solicitaba reconocimiento y representación como tal en la vida política de la nación"<sup>21</sup> sin reparar en que, para Gino Germani, "necesitaban, en primer lugar, adquirir conciencia de su poder e incorporarse a la vida nacional como una categoría de fundamental significado en todos sus órdenes".

Ni Daniel James ni Juan Carlos Torre mencionan al Germani que sostiene:

"la afirmación de ciertos derechos en el ámbito inmediato de su trabajo, en el ambiente mismo que ha llegado a considerar como un lugar de humillaciones, ha significado una liberación parcial de sus sentimientos de inferioridad, una afirmación de sí mismo como un ser igual a todos los demás".

Para cerrar estas páginas digamos que su objetivo principal no ha sido rescatar un texto de Germani, y mucho menos introducirnos en este debate; más bien procuraron centrar la atención en el tipo de demandas privilegiado, mejoramiento económico o reconocimiento, a fin de examinar ahora, a partir de algunas de sus premisas metodológicas, la diferencia que proviene de concebir al peronismo como un fenómeno con facetas inéditas o una nueva forma de modalidades ya asentadas de comportamiento obrero.

<sup>18</sup> D. JAMES, *op. cit.*, p. 27.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>20</sup> D. JAMES, p. 26.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 32.

## Lo viejo y lo nuevo

Pese a sus profundas diferencias, las interpretaciones que introducen dimensiones no económicas y la de Murmis y Portantiero comparten un presupuesto: las demandas o las carencias que darían cuenta de la adhesión de los trabajadores al peronismo estaban inscriptas en su situación previa. Las demandas insatisfechas son el ejemplo más obvio, y algo similar proponen las que aducen la emergencia de una ciudadanía social, a través de un razonamiento circular: las causas (la ausencia de derechos de los trabajadores o las barreras a la participación) son inferidas retrospectivamente con hipótesis *ad hoc*. Lo admite explícitamente el mismo Juan Carlos Torre cuando afirma que, para explicar el apoyo de las masas como emergencia de una nueva identidad popular, se requiere modificar la descripción del *statu quo ante* y “destacar la alienación política de las masas en un orden social excluyente”<sup>22</sup>. Si la preexistencia de algún tipo de reclamo es indiscutible, lo es menos afirmar su igualdad sustantiva con la oferta de Perón.

La diferencia entre ambos razonamientos se refleja en las pruebas empíricas disponibles. Murmis y Portantiero pueden apelar a hechos históricos y a reclamos sindicales identificables porque son reacios a admitir las mutaciones experimentadas por el movimiento obrero peronista, y trabajan, al contrario, con una hipótesis de continuidad. Quienes se interesan en las nuevas dimensiones del peronismo, en cambio, carecen de evidencias (y se entiende que Daniel James escriba: “el poder del peronismo radicó, en definitiva, en su capacidad para dar expresión pública a lo que hasta entonces sólo había sido internalizado, vivido como experiencia privada”<sup>23</sup>). No pueden tenerlas por una sencilla razón: mal podía el déficit de reconocimiento ser origen de reclamos observables puesto que no se constituyó socialmente hasta la llegada de Perón.

En este sentido podría decirse que, aunque literalmente idénticas, las demandas sindicales no eran exactamente las mismas, antes y después de 1943; y que la Secretaría de Trabajo y Previsión no hizo lo mismo que hubieran podido hacer los empresarios durante la década anterior. Al reconocer su legitimidad y darles una respuesta positiva, Perón las convertía en ofensas sociales, arrancándolas del campo de sentido donde habían nacido para insertarlas en otro, la justicia social (que si no era enteramente nuevo en la historia política y sindical argentina, fue acuñado como si lo fuera).

Esta proposición nos reenvía a la argumentación de Ernesto Laclau<sup>24</sup> referida precisamente a esa transformación. Prosaicamente resumida para nuestro objetivo, este autor postula que una movilización popular requiere el enlace de reclamos existentes, contenciosos e insatisfechos, a través de una serie de operaciones lógicas que incorporan progresivamente otros reclamos y redefinen sus respectivos adversarios generando una nueva oposición amigo-enemigo hasta hacer emerger un nuevo actor popular. Este proceso no puede sin embargo estar anclado en protagonistas de ninguno de los conflictos iniciales, que son por definición particulares; es necesario que se

<sup>22</sup> Y ver “en el intervencionismo social que eleva el nivel de vida y de trabajo, también el gesto de reconocimiento que hace de los trabajadores miembros de pleno derecho de la comunidad política”, TORRE, J. C. *Op. cit.*, p. 221.

<sup>23</sup> JAMES, D.: *op. cit.*, p. 46.

<sup>24</sup> LACLAU, E.: *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

introduzcan, desde una posición de exterioridad, imágenes o términos genéricos desprovistos de contenidos positivos (el orden, la justicia), esto es que no pueden regir enteramente ninguna sociedad humana. Le tocó a Perón introducir ese ingrediente unificador.

Por una u otra vía, la atención se desplaza de las características sociológicas de los sectores populares para retornar a la figura de Perón. La sociología vuelve al problema que había sido dramático para quienes, políticos o intelectuales, esperaban una evolución más clásica de los trabajadores argentinos, que se había traducido en la distinción, tan debatida en el pasado, entre autonomía y heteronomía de la clase obrera. Perón, que había sido visto tanto por el peronismo como por el antiperonismo como un *deus ex machina* era una pieza central en el razonamiento de Gino Germani en 1973:

"La afiliación al sindicato *e incluso la participación en las huelgas no eran realmente necesarias para las conquistas de los trabajadores* (...) las soluciones pacíficas, la ausencia de huelgas, significaron en realidad un triunfo obrero sin la participación de sus miembros. Este proceso fue fundamental en la configuración de la relación directa entre los recién llegados y el líder carismático"<sup>25</sup>. (Subrayado por GG)

Suprimido por Murmis y Portantiero, Perón retornó al lugar que había sido el suyo en la reflexión académica y no académica. Más allá de las interpretaciones específicas del apoyo popular, la sociología –y no sólo ella– aduce frecuentemente su carácter carismático. Conviene por lo tanto detenerse en este modo de explicación.

## Un jefe carismático

"¿Por qué el opio hace dormir? Porque posee una virtud dormitiva". Con este célebre ejemplo Molière se burlaba de quienes ofrecen explicaciones puramente verbales recurriendo a formas sustanciales o calidades ocultas. Algo parecido sucede con la proposición "El coronel Perón logró la adhesión popular gracias a su carisma" que, por supuesto menos tajante y acompañada por otras razones, se encuentra con frecuencia en la literatura sobre el peronismo. Como el populismo, el término es utilizado por legos y profanos en los ámbitos más diversos con una vaguedad irritante, pero es pertinente evocarlo aquí para precisar en qué condiciones es lícito utilizarlo para analizar la emergencia política de Perón y la naturaleza de su relación con los peronistas.

Para separar el trigo de la paja hay que detenerse primero en la idea del carisma como propiedad individual. ¿Se trataba acaso de la simpatía de Perón, de su capacidad para transmitir su interés a sus interlocutores o de la utilización de un lenguaje plebeyo que contrastaba con el almidonado de los políticos de su época? Aunque hayan contribuido, esos u otros rasgos similares son vagos e insuficientes, y obligan a refrescar el alcance original de la noción, tal como fuera forjada por Max Weber:

"Debe entenderse por 'carisma' la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad,

<sup>25</sup> "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en *Desarrollo Económico* n° 51, oct.-dic. 1973, p. 473-474.

por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas –o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro– o, como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder”<sup>26</sup>.

Una lectura medianamente atenta de este texto nos dice que Weber, para quien lo relacional es prioritario, no está interesado en el carisma como cosa. Las propiedades que convierten a jefes militares, hechiceros o profetas en dirigentes carismáticos no son exclusivamente atributos personales, ni siquiera enmarcados por parámetros histórico-culturales particulares, sino sólo aquéllos que son “reconocidos”, aceptados como “extracotidianos” por una pluralidad de individuos: “sobre la validez del carisma decide el reconocimiento”. Weber no se propone en ningún momento explicar la devoción a un caudillo, sino definir un tipo particular de autoridad (más precisamente de creencia en su legitimidad): aquél que nace de la relación con un individuo, distinta de la tradicional, fundada en pautas heredadas y de la “burocrático-legal”, que reenvía a la ley y a una forma de racionalidad. Esto no debe sorprender porque Weber no se propone explicar sino forjar categorías para clasificar con sentido fenómenos históricos<sup>27</sup>.

El “reconocimiento” es un fenómeno excepcional porque designa la producción simultánea del carisma del jefe y la obediencia de sus seguidores. Supone la fusión, en un solo movimiento, del nacimiento del carisma, de la confianza en el líder y de una nueva identidad. (En el ejemplo clásico, el reconocimiento de Jesús como el verdadero Mesías, como el Cristo, le otorgaba carisma, lo legitimaba como jefe y creaba –para decirlo de manera un tanto anacrónica– la identidad de los “cristianos”). La posesión de carisma y lo que podría denominarse su eficacia social son entonces las dos caras de la misma moneda: se sigue a un jefe sí, y sólo sí, se le adjudican propiedades extraordinarias. Dicho de otro modo, no existen caudillos carismáticos por sí mismos, independientemente de las relaciones que los incluyen. Partes insolubles de una misma configuración, jefe y seguidores carecen, considerados separadamente, de la autonomía teórica y empírica indispensable para ser explicados el uno por el otro. Mal se puede entonces explicar la adhesión (de las masas populares) como consecuencia del carisma (de Perón), carisma que no es sino el reverso de la adhesión.

Ahora bien, el carisma no es una propiedad idiosincrásica, pero tampoco cabría ser otorgado a un “hombre sin cualidades”; es condición necesaria (aunque no suficiente) que las propiedades “extracotidianas” (lo que en el lenguaje político se conoce habitualmente como “personalismo”) sean verosímiles. Ni hechicero ni héroe militar ni profeta religioso, Perón, desde su influyente puesto de Secretario de Trabajo y Previsión, supo realizar hazañas, en palabras de Weber, “inasequibles a cualquier otro”. Si es imposible saber cómo fueron interpretadas esas “hazañas” por cada individuo que concurrió a las concentraciones a favor de Perón y a darle su sufragio en febrero de 1946, sabemos que los empresarios mismos, en vísperas del 17 de octubre, se encargaron de demostrar a los trabajadores que el Coronel era el único garante de los

<sup>26</sup> M. WEBER, *Economía y Sociedad*, p. 193.

<sup>27</sup> “La tipología sociológica, escribe, ofrece al trabajo histórico concreto por lo menos la ventaja, a menudo nada despreciable”, de encontrar en un caso particular elementos de los tipos puros, sabiendo que la “realidad histórica total no se deja apresar en el esquema de conceptos”, *ibid.*, p. 173.

derechos obtenidos, contribuyendo a ratificar la verosimilitud de las propiedades que Perón reclamaba para sí.

Un análisis de los discursos de Perón, en colaboración con Eliseo Verón<sup>28</sup>, nos llevó a conclusiones que concuerdan con las condiciones del "reconocimiento". Después de confirmar la variación de sus contenidos<sup>29</sup> (la ausencia de una ideología, entendida como conjunto estable de ideas), verificamos en cambio la permanencia de un mismo dispositivo capaz de absorber esos diversos contenidos: la manera de construir a sus enemigos, a su Nosotros y a las entidades globales en nombre de las cuales hablaba. Ese dispositivo se apoyaba sobre una operación primordial, la atribución, para sí, de una posición excepcional, en el mismo nivel que la Patria o el Pueblo, intransferible respecto de su movimiento. Se sabe que de las conclusiones del análisis de un discurso, sea en el nivel de los contenidos, sea en el de la enunciación, no pueden inferirse sus efectos (no pueden explicar otros fenómenos), pero es lícito encontrar allí el equivalente exacto de la pretensión del caudillo carismático a propiedades "extra cotidianas".

## La relación carismática

Dijimos al comenzar que uno de los motivos que justificaban la utilización de las categorías weberianas para abordar el surgimiento del peronismo era precisamente la ausencia de vocación explicativa (razón por la cual explicar la adhesión a Perón por su carisma es una tautología). La "autoridad carismática" es en cambio una descripción adecuada de aspectos importantes del fenómeno peronista: encontrar por ejemplo, en la prolongada ausencia de un partido estructurado, el equivalente del proceso de "comunización" que obtura la creación de jerarquías estables en las formas genuinas de relaciones carismáticas. Los orígenes carismáticos del Partido Peronista, a partir de la caracterización de Angelo Panebianco que poco y nada se diferencia de la weberiana<sup>30</sup>, sirvieron a Steven Levitsky<sup>31</sup> para proponer su fructífera tesis sobre la fluidez de la estructura interna del Partido Justicialista.

La literatura que recurre a la etiqueta "líder o partido carismático" no presta sin embargo suficiente atención a otras características que forman parte de la relación carismática en Weber.

<sup>28</sup> S. SIGAL y E. VERÓN, *Patria o muerte. Las estrategias discursivas del fenómeno peronista*. Eudeba, Buenos Aires, 2005.

<sup>29</sup> Como lo demuestra Hugo del Campo, estuvieron a menudo asociados a las coyunturas. Durante el período de creación de gremios paralelos sus adversarios fueron los "falsos apóstoles" o la propaganda exótica; luego, cuando enfrenta la resistencia patronal a las decisiones de la Secretaría, la "oligarquía" y los "patrones egoístas". *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, p. 220.

<sup>30</sup> "El cuadro administrativo de los imperantes carismáticos no es ninguna 'burocracia' y menos que nada una burocracia profesional. Su selección no tiene lugar desde puntos de vista estamentales ni desde la dependencia personal o patrimonial. Sino que se es elegido a su vez por cualidades carismáticas: el profeta corresponden los discípulos, al príncipe de la guerra el «séquito», al jefe, en general, los «hombres de confianza»; No hay ninguna 'colocación' ni 'destitución', ninguna 'carrera' ni 'ascenso' (...). No hay ninguna 'jerarquía' sino sólo intervenciones del jefe...". M. WEBER, *op. cit.*, pp. 194-195.

<sup>31</sup> S. LEVITSKY, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, Buenos Aires, 2005.



En primer lugar que corresponden históricamente a fenómenos inéditos, y en tanto tales ocupan un lugar particular en el pensamiento weberiano como origen plausible de todos los tipos de dominación. En segundo lugar, que están dotadas de un potencial revolucionario, puesto que su mera aparición implica la subversión del pasado. Son "la gran fuerza revolucionaria", en contraste con las que son "formas de la dominación cotidiana, rutinaria; la carismática es específicamente lo contrario"<sup>32</sup>; a diferencia de la racional-burocrática, que procede cambiando "primero las cosas y las organizaciones, luego a los hombres", la relación carismática transforma "la actitud ante el *statu quo* desde adentro", desde adentro de los hombres.

Al reemplazar el concepto de "líder carismático" por el más fiel de "relación carismática", se advierte, en tercer lugar, que los prosélitos no están en una posición pasiva respecto del caudillo, sino que desempeñan un papel esencial. En la génesis del carisma a través del "reconocimiento" y, luego, en la necesidad de ver "corroboradas" las cualidades del jefe, condición de la subsistencia de su legitimidad que desaparece "si el agraciado carismático parece abandonado de su dios o de su fuerza mágica o heroica y, sobre todo, si su jefatura no aporta ningún bienestar a los dominados". Puede sugerirse entonces, desde un punto de vista estrictamente teórico, que no cabe atribuir enteramente a Perón, a su palabra o a su acción en la Secretaría, el papel de agente exterior suficiente en la constitución del "pueblo peronista", que fue también el producto de los trabajadores mismos. Por último, y esto es indispensable para comprender la génesis de la identidad peronista, el "reconocimiento", escribe Weber, implica necesariamente una transformación de los adeptos, conlleva "una '*metanoia*' central del carácter de los dominados"<sup>33</sup>.

Asociación de características ideales, este entramado conceptual es adecuado porque describe con sentido el haz de fenómenos constitutivo del peronismo naciente, al costo de abandonar la búsqueda de razones que explicarían "por qué" los trabajadores se hicieron peronistas (en términos weberianos "por qué" se generó la creencia en la legitimidad de la autoridad de Perón). No pretende explicarlo, y es precisamente por esta razón, porque lo asume como *datum* que puede suministrar una especificación apropiada: su punto de partida (el "devenir peronista" implícito en la relación carismática) es el punto de llegada buscado por las hipótesis explicativas, cuyo status metodológico es, vimos, dudoso: o bien rechazan los aspectos inéditos del comportamiento obrero o bien infieren retrospectivamente las "causas". Situación que está lejos de ser propia del peronismo, puesto que es difícil, si no imposible, explicar sociológicamente la aparición de un acontecimiento con componentes inéditos, que quiebra, al menos parcialmente, el orden existente. La decisión de dejar de lado proposiciones sociológicas cualitativas sobre quiénes o por qué apoyaron a Perón está compensada por la presunción, razonable, de que la *forma de la relación* tenía más posibilidades de perdurar que los motivos, contingentes, de la adhesión inicial.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 195.

<sup>33</sup> Que, en el caso puro de carisma, experimentan, "psicológicamente", "una entrega plenamente personal y llena de fe surgida del entusiasmo o de la indignación y la esperanza". *Loc. cit.* Recordemos que por "metanoia" se designa una conversión profunda entendida como un movimiento interior.



## La larga vida de la creencia peronista

Weber proporciona instrumentos para reflexionar sobre la persistente creencia en la legitimidad de la autoridad de Perón; sucede sin embargo que la legitimidad, y nada cambió en las ciencias sociales desde entonces, no puede ser identificada ni medida *per se*, razón por la cual, sin remitirla a estados psicológicos individuales (tan inverificables como inútiles para el análisis sociológico), la define, de manera al mismo tiempo empírica y abstracta, como la probabilidad de obediencia no coercitiva. Una vez más, la autoridad carismática posee un rasgo singular respecto de las que reenvían a la tradición o la ley: contiene, y fatalmente, su propia legitimidad puesto que la creencia en la legitimidad del jefe es su condición de advenimiento. A la vez potente y frágil, se entiende que sólo ella requiera ser "corroborada".

Ahora bien, pese a que esta creencia es un atributo exclusivo de los adeptos, no nos obliga a abandonar el enfoque en términos de relaciones, puesto que, como vimos, la confianza en un caudillo es constitutiva de un vínculo en virtud del "reconocimiento" y de la "corroboración". Se engendra un lazo de dependencia recíproca en el que se intercambian la fidelidad de los "dominados" y los bienes (salvación o revolución) que, gracias a su status exoepcional, puede ofrecer el jefe. Así concebida, la creencia weberiana se ajusta a la propuesta por Michel de Certeau, "una relación con otro, con lo otro", en la que tampoco cuentan los estados subjetivos y cuyos contenidos no son ni verdaderos ni falsos ("lo que la distingue del ver o del saber no reside ante todo en el valor de verdad que posea una proposición sino en esta inscripción del tiempo en una relación de sujeto a s i jeto"). La creencia, prosigue De Certeau, "se presenta como una trama de operaciones, una combinatoria de dones y de deudas en una red de 'reconocimientos' "<sup>34</sup>. Si se acepta concebir a la creencia como una relación, como un pacto, puede sugerirse que el peronismo tuvo en su origen una modalidad particular de ese *do ut des*: una promesa. La del reiterado "Perón cumple", que da su sentido al "mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar".

Perón decía, el 1° de mayo de 1944,

"... decenas de delegaciones nos traen sus problemas, sus esperanzas, sus aspiraciones. Llegan, desde todos los puntos del país, alentando la confianza de un pueblo defraudado que comienza a creer en la justicia social; y siente, por primera vez, el orgullo de saberse escuchado, y de sentirse argentino. Yo, en este día clásico de los trabajadores, prometo en nombre del gobierno, que esa confianza no será defraudada"<sup>35</sup>.

Y el 8 de julio, en su discurso de investidura como vicepresidente:

"Al hablar en otra oportunidad a los trabajadores de la patria, les solicité que tuvieran confianza en nuestra honradez y decisión. Hoy me encuentro absolutamente persuadido de que esa confianza existe y que ella debe constituir el fundamento de lo que les pediré en este momento a los trabajadores

<sup>34</sup> M. DE CERTEAU: "Croire: une pratique de la différence", Document de Travail 106, Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica, Università di Urbino, Italia, sep.1981.

<sup>35</sup> CNEL. J. PERÓN, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1944, p. 53.

compatriotas. Es necesario que esa confianza se transforme hoy en fe, sobre lo que todavía debemos realizar..."<sup>36</sup>.

Tres meses más tarde, en octubre de 1944, cuando el gobierno emprendía el duro camino del retorno a las instituciones, acosado por la movilización de la oposición y el aislamiento internacional, Perón retoma la secuencia:

"En los primeros tiempos de la Secretaría de Trabajo, yo pedí a los trabajadores confianza; después les pedí fe y no me han defraudado jamás. Ahora necesitamos la cooperación de todos para salvar nuestras conquistas, que no deben perderse y llevar adelante los postulados de nuestra justicia social (...) Y si es necesario, pediremos ayuda a los trabajadores, persuadidos que no defendemos nuestras posiciones, que no nos interesan, sino la que han alcanzado los trabajadores argentinos, que no podrán ceder en adelante un solo paso en las conquistas logradas"<sup>37</sup>.

Si no hay razón alguna para suponer que los peronistas recorrieron efectivamente las etapas de esta narración, estos párrafos del aspirante a jefe ofrecen indicios del nacimiento de una relación carismática: por una parte, respaldada por la labor en la Secretaría, la singularidad de su posición, con su voluntad y su desinterés como garantía, y el reclamo de reconocimiento en el pedido de confianza y de fe, por la otra. Como lo intuían Murmis y Portantiero, la relación inicial descansaba sobre un intercambio. Pero las célebres 24 horas transcurridas entre el 17 de octubre y la huelga fijada para el 18 (que revelan la distancia entre los sindicatos y las masas trabajadoras) parecen mostrar que ese intercambio era irreductible al trueque, *sin resto*, de apoyo político sindical y beneficios materiales y acotados en el tiempo (no traicionaría el argumento de Murmis y Portantiero afirmar que se trataba también de la garantía de acceder a beneficios futuros). Al pedir confianza y fe, Perón ofrecía otros bienes a "un pueblo defraudado que comienza a creer en la justicia social; y siente, por primera vez, el orgullo de saberse escuchado, y de sentirse argentino". Ese "resto" (próximo a los bienes "intangibles" para Daniel James y a los términos sin contenido sustantivo para Ernesto Laclau), contenía la promesa.

La competencia electoral, se sabe, es incomprensible sin la rivalidad de promesas, cuya definición lingüística nos dice que realizan una acción<sup>38</sup> que transforma la realidad y modifica el futuro<sup>39</sup>, inaugurando un tiempo que le es propio. Puesto que no describen el mundo, la realidad, no son ni verdaderas ni falsas, al igual que la creencia en De Certeau. Para pasar al terreno de la política sería sin embargo poco fructífero exigir los requisitos fundadores de Austin, que otorgan validez a una promesa si se satisfacen convenciones formales institucionalizadas; como escribe Jacques Derrida<sup>40</sup>,

<sup>36</sup> *Ibid*, p. 112

<sup>37</sup> *Ibid*, p. 238

<sup>38</sup> Su enunciación, para Austin, ejecuta un acto dado un contexto institucional adecuado. Responder "sí" en el Registro Civil no describe un casamiento sino que lo realiza. Otros ejemplos: bautizar, jurar, etc.

<sup>39</sup> Por esta razón, para Hannah Arendt, la promesa, garantía de predictibilidad y de confianza en las relaciones entre los hombres, contribuye a la credibilidad general de las instituciones y a remediar la fragilidad de las sociedades ante el paso del tiempo. Cf. *La Promesa de la política*, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 2008.

<sup>40</sup> "Réponses de Jacques Derrida" en *La philosophie au risque de la promesse* (bajo la dirección de Marc Crépon y Marc de Launay), Bayard, Paris, 2004, pp. 195-209.

“una promesa digna de ese nombre, con lo que puede tener de irruptivo e incisivo capaz de interrumpir el curso ordinario de la historia, con lo que puede tener de revolucionario, debe subvertir y burlarse de los códigos, sin conformarse a los que regulan los performativos”.

El obstáculo mayor reside sin embargo en que los criterios lingüísticos se ocupan esencialmente de quien formula una promesa, sin afirmar nada sobre quienes la reciben; si el contenido importa, porque si no se promete nada no hay promesa, el que promete sólo da su palabra. La promesa política, en cambio, está sustentada por una relación de don y contra don (apoyo a cambio de un evento futuro), y es indisoluble de la verosimilitud de lo dicho. Adoptemos, para salvar esa distancia, la distinción entre promesa y compromiso. Mientras que la promesa “digna de ese nombre” no tiene condiciones ni plazos, en el compromiso (el único, en las promesas de la vida cotidiana) se admiten, implícita o explícitamente, condiciones exteriores que pueden explicar o justificar su no cumplimiento. Si están típicamente presentes en la arena política, los discursos en conflicto los asocian siempre con promesas de futuros que, opuestos o diferentes, remiten en todos los casos a estados futuros *históricamente inalcanzables* (soberanía, orden, justicia, etcétera). Las denominadas “promesas políticas” son por lo tanto irreducibles a ofertas comparables, en el mismo plano, en cuyo caso no se trata ya de un conflicto político sino de una discusión entre expertos.

Esta distinción, que no desarrollamos aquí como sería necesario, permite completar nuestra hipótesis: el peronismo como fenómeno político consistió en la promesa de una sociedad socialmente justa, objetivamente imposible, incrustada en un compromiso históricamente situado. Lo hecho desde la Secretaría de Trabajo y Previsión legitimó e hizo verosímil el “compromiso” de Perón a mejorar la situación de los trabajadores (que ninguno soñó en reclamárselas cuando estaba en Martín García) y a “prometer” al Pueblo, con su palabra como única garantía, el horizonte abierto de la interminable realización de la Justicia Social.

Con este supuesto abordaremos la cuestión de su persistencia, a través de la discusión de las condiciones de aplicación de la “corroboración” y “rutinización del carisma” al peronismo.

## La credibilidad de la promesa peronista

Weber observa que ciertos liderazgos carismáticos (tan heterogéneos como Napoleón, Cromwell o el jefe de la efímera república de los consejos de Baviera) pueden desembocar en una “democracia plebiscitaria”<sup>41</sup>; lo que denomina “transformación antiautoritaria del carisma” conduce a una legitimidad democrática, donde la “corroboración” adopta la forma de elecciones formalizadas; transformación que sería inútil buscar en un movimiento que emergió en el marco de una institucionalidad democrática preconstituida. El calificativo “democracia plebiscitaria” es útil en cambio para identificar la doble forma que asumió la “corroboración” cuando Perón estaba en

<sup>41</sup> “Una especie de dominación carismática oculta bajo la forma de una legitimidad derivada de la voluntad de los dominados y sólo por ella perdurable”. *Ibid*, p. 214.

el gobierno. Su liderazgo, en tanto compromiso político, era objeto de corroboración a través de la competencia con otros partidos; en tanto promesa, en cambio, tomaba la forma (entre otros) de los "Sí" a las reiteradas tres preguntas que había anunciado en 1946: "si he trabajado por el pueblo", "si he defraudado las esperanzas que pusieron en mí", "si sigo siendo para ustedes el mismo coronel Perón de otros tiempos". El término plebiscito es quizás exagerado pero de algún modo hay que denominar una consulta fundada en, dice, el deseo de "no gobernar al pueblo argentino con otro vínculo que no sea el de la unión que nace de nuestros corazones". La importancia capital de la promesa sobre el compromiso permite comprender que Perón no se haya proclamado nunca representante (de los trabajadores, los humildes o los descamisados) sino como la caución encarnada de sus intereses, sus derechos o sus aspiraciones.

Perón fijaba así un doble nexo: democrático, a través de la mayoría electoral, y plebiscitario, con la unanimidad en la Plaza, confirmación de la perennidad de una promesa que estaba más allá de la política. Aunque disociados en los discursos y en las prácticas políticas, mantenían una relación más íntima por la cual *el cumplimiento del compromiso alimentaba la credibilidad de la promesa, otorgándole al mismo tiempo una autonomía creciente respecto de todo compromiso*.

La muerte de un caudillo abre la disyuntiva entre la desaparición de la relación carismática o su transformación, a través de la célebre "rutinización del carisma"; el carisma, cosificado, pierde su potencia subversiva y se encarna, legitimándola, en una institución. Pero para que pueda hablarse de tal encarnación es indispensable que una organización detente el monopolio legítimo del carisma, como lo prueba, *a contrario*, la aparición de instituciones competitivas con idénticas pretensiones de ser las "verdaderas" herederas. Después de la muerte de Perón (que había dicho acertadamente que "su único heredero era el pueblo") no hubo ningún partido o movimiento que pudiera reivindicar legítimamente tal monopolio, que hubiera logrado ser reconocido como el "verdadero peronismo", y parece por eso arduo sostener, hoy, que ser peronista es sinónimo de ser Justicialista.

¿Cómo puede interpretarse, desde esta óptica, el "piso electoral" del peronismo, si no se lo adjudica enteramente a la potencia de los aparatos clientelistas, ni se lo reduce tampoco a la manifestación de una "identidad" popular congelada en el tiempo, como un fósil cultural?

Al distinguir promesa y compromiso político (distinción razonable a la luz de la doble forma empírica de corroboración), quebramos la unidad del "reconocimiento" carismático, y es posible entonces atribuirles destinos separados: la "promesa" peronista subsiste, independiente de los "compromisos" que asumen muy diversos dirigentes *qua* peronistas, sometidos individualmente a los riesgos inherentes al ejercicio de la política. Compromisos singulares porque extraen su legitimidad exclusivamente de la promesa hecha por otro, válida solamente para los peronistas. El voto peronista sería la otra cara de esa particularidad: no está atado a un individuo o partido y obedece a un único requisito esencial, contra-don y condición para que pueda cumplirse el futuro prometido: *no votar por un candidato no peronista*.

Heredero de un pacto de creencia, el peronismo sigue habitado por la promesa, imposible y por lo tanto plena, de un destino equitativo para el pueblo.

## RESUMEN

*El propósito de este artículo es ofrecer claves para entender la persistencia de la adhesión popular al peronismo a lo largo de más de 40 años. Con ese objetivo la autora toma distancia de dos explicaciones convencionales –la fuerza de los aparatos clientelistas y la continuidad de una identidad política– y dirige la atención a una coyuntura crítica: el período 1943-1945. Discutiendo las interpretaciones del apoyo inicial al peronismo concluye que la estructura de la relación establecida entre Perón y los trabajadores fue más decisiva que las motivaciones, contingentes, que*

*la inspiraron. Después de rehabilitar el papel central jugado por el liderazgo de Perón, silenciado por ejemplo en el trabajo de Murmis y Portantiero, demuestra el error de querer explicarlo apelando al carisma de Perón. En lugar de ello, el artículo postula la importancia del concepto weberiano de relación carismática, que presupone un intercambio entre el líder y sus seguidores. A continuación explora la dinámica de ese intercambio y su eficacia en el tiempo utilizando las ideas de "pacto de creencia" y de "promesa política".*

## SUMMARY

*The aim of this article is to offer key insights to understand the persistence of popular identification with Peronism over more than 40 years. The author's perspective differs from two conventional explanations of this persistence, the power of clientelistic networks and the continuity of political identities, and focuses instead on a critical period: the 1943-1945 years. Challenging the interpretations on the working class' initial support for Peronism, the author concludes that the structure of the relation between Perón and the workers was more decisive than the contingent motivations that inspired the establishment of that*

*relation. After rehabilitating the role played by Perón's leadership, which is silenced in influential studies of the period such as those of Murmis and Portantiero, the author shows that explaining this leadership resorting to the concept of charisma is a mistake. Instead, the article postulates the importance of the Weberian concept of charismatic relationship, which presupposes an exchange between leader and followers. Subsequently, the article explores the dynamics of this exchange and its efficacy throughout the years by developing the notions of "pacto de creencia" and "political promise".*

## REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

SIGAL, Silvia

"Del peronismo como promesa". *DESARROLLO ECONOMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 48, Nº 190-191, julio-setiembre / octubre-diciembre 2008 (pp. 269-286).

**Descriptores:** <Peronismo> <Perón, Juan D.> <Autoridad carismática> <Pacto de creencia> <Promesa política> <Líder-masa> <Partido Justicialista>.